



JUAN GARCÍA DE QUEVEDO

28 de mayo de 2010

Mi querido Jorge, hace muchos años eras un hombre convencido de que la idea de Dios era argumentable, razonable, no sólo posible sino necesaria. Por la razón y con la razón se llegaba a Dios. Tus citas predilectas eran de San Agustín y luchabas día a día enfrentándote a las miles y miles de páginas que tratan el asunto de Dios y el fenómeno humano. Lo tuyo era leer y leer.

Eras todo rigor y disciplina, un jesuita de los pies a la cabeza, y obligabas a tus muy adolescentes alumnos a leer para poder explicar la fe.

Tu asunto fundamental eran Dios y los libros, y por supuesto la experiencia de lo sagrado. Dios y razón, inteligencia e intuición. Vivías a plenitud espiritual e intelectual el Concilio Vaticano Segundo y era Gabriel Marcel tu filósofo preferido.

Ya en aquel entonces hablabas de democracia y cuestiones políticas. Te tocaron los tiempos difíciles de la Compañía de Jesús y conociste a la perfección la inmensidad de dudas de tus compañeros jesuitas. Fuiste un prefecto serio, tan exageradamente exigente con los demás como lo eras contigo mismo. También eras hermético como el dogma, intolerante como el dogma, con ese recordatorio terrible y temible: fuera de la Iglesia no hay salvación.

Sin embargo, tu vocación de leer y escribir, más la fuerte disciplina que esto implica, te llevaron por caminos impredecibles, incluso para el Espíritu Santo. Mi querido Jorge, la verdad es que yo y muchos como yo te debemos, entre otras cosas, tu imbatible coherencia, tu congruencia, tu ser esencialmente ético.

Luego te metiste a trabajar con Marx y Marx se te metió por todos lados.

Defendías con pasión a Cuba y la famosa democracia popular. Los teólogos de la liberación te llevaron a luchar por los humildes y -siempre- tu coherencia te llevó a dejar la Compañía de Jesús y luego el



Partido Socialista de los Trabajadores. La política, para ti, o tenía un sentido ético o no valía la pena. Recuerdo que en nuestra penúltima conversación me recordabas que, como decía Voltaire, si Dios no existiera habría que inventarlo.

En fin, los años pasan y nos hacemos viejos, pero lo que más me llama la atención es que sigues con un entusiasmo y una vitalidad que ya quisieran muchos jóvenes. Por otra parte, te dedicaste con toda puntualidad a los ejercicios electorales en un tiempo en que nadie se ocupaba de ello.

Aquí en Jalisco, y eso me consta, eres el padre del análisis electoral; hiciste escuela y formaste a muchos hombres con sobradas capacidades para el estudio de lo electoral. Apasionado en el debate de las ideas, siempre dispuesto a saber más y siempre entusiasmado por el conocimiento nuevo. A mí me parece que eres un gran investigador, que has hecho escuela, que eres una referencia obligada, que tu producción teórica bien justifica el homenaje que se te hizo y es más que justo que un salón de clases lleve tu nombre.

Porque, mi querido Jorge, lo más valioso de tu persona es tu honestidad intelectual, escribir y decir lo que piensas. Estoy seguro que reconocer a tu persona no es lo que más te gusta, porque seguramente sientes que los halagos son innecesarios. Pero este escritor de artículos tuvo en la secundaria un maestro del que aprendió que la honestidad intelectual es justamente obrar como hombre.

Estoy seguro de que leer y escribir es una pasión que justifica una vida, una vida como la tuya, plenamente lograda. El que dedica su vida a leer, escribir y dar clases realiza la mejor oración que puede darse en el mundo.

Un abrazo muy fuerte a Gaby y tus hijos, y yo, por lo pronto, preparándome en el libro que me recomendaste esta semana.

Mural, 31 de mayo de 2010